

La versión “oficial” y la lucha concreta contra Onganía

La historia en su lugar

Haciendo un poco de historia, y dadas las críticas generalistas, indiscriminadas y hasta mal intencionadas que la *izquierda sindical anti peronista* ha promovido desde hace muchos años contra la *dirigencia sindical peronista* y, por consecuencia contra sus representados: **los trabajadores peronistas** (e incluso contra el peronismo en general, movimiento que históricamente ha sufrido toda clase de persecuciones, proscripción y la permanente diatriba de derecha e izquierda), antes de seguir adelante, es hora de poner las cosas en su lugar dada la “verdad oficializada” dentro de la cultura argentina, que todavía cultiva -a *diestra y siniestra*- la versión *oficial* del pasado y los valores de la cultura oligárquica, para nada afines al *peronismo* como fenómeno y movimiento nacional histórico de la Patria, más allá de cualquier coyuntura.

Desde el asesinato de **Rosendo García**, secretario general de la UOM de Avellaneda el 13 de mayo de 1966 -un mes antes del comienzo de la dictadura de Onganía- se ha querido desacreditar cobarde y falsamente a uno de los grandes dirigentes de la Unión Obrera Metalúrgica y de la Confederación General del Trabajo de todos los tiempos: el compañero **Augusto Timoteo Vandor**. Aunque no ha sido el único: ha sucedido lo mismo con el compañero **José Ignacio Rucci** y el compañero **Lorenzo Miguel**, igualmente pertenecientes al gremio industrial más importante del país; e incluso se ha querido llevar a un lugar secundario o inconsistente a dirigentes también históricos del movimiento obrero peronista como **Saúl Ubaldini** y **Hugo Moyano**. En el interior de nuestra República ha sucedido otro tanto con **Elpidio Torres**, histórico dirigente gremial del SMATA cordobés, secretario general de la CGT de Córdoba en dos oportunidades y el principal dirigente sindical del *Cordobazo*, que la “versión oficial” ha relegado a segundo plano, seguramente también por ser peronista y contrario al sistema oligárquico.

Para las clases medias argentinas -identificadas con el radicalismo y con la “revolución libertadora” (ilegal, antidemocrática, antinacional y anti obrera)- el golpe de 1966 significó una afrenta a la “libertad” y a la “democracia” (aunque el peronismo siguiera proscripto por entonces después de más de 10 años).

Por eso, aquel golpe de Estado **no podía significar lo mismo para el peronismo**, que seguía proscripto con gobiernos militares o civiles, había sido víctima del golpe del 55, y cuyo movimiento obrero

(columna vertebral del movimiento nacional) era atacado permanentemente para desarticularlo y quitarle sus derechos adquiridos, sin solución de continuidad entre gobierno militar (1955) y subsiguientes gobiernos civiles (1958, 1962, 1964), como en este caso el de Illía, derribado por el Gral. Onganía y las FF.AA.

El historiador Roberto Ferrero aporta dos datos que resultan interesantes sobre esta época, porque aclaran y ponen las cosas en su lugar, sin falsedades ni interpretaciones exageradas o erróneas respecto a la época inmediatamente anterior (Illía) e inmediatamente posterior (Onganía) al 28 de junio de 1966: 1) *“En resumen, el conjunto de los planes de lucha puso en evidencia la potencialidad del sindicalismo en el desarrollo social del país y su peso decisivo como componente esencial del peronismo, pero no obtuvo del obstinado gobierno de Illía más que la sanción de la ley de Salario Mínimo, Vital y Móvil”* (que incluso los radicales de ahora se niegan a defender como corresponde), por lo que el movimiento obrero no tenía muchas razones para defender a ese gobierno; 2) *“El mismo (Agustín) Tosco recomendó prudencia frente al nuevo régimen...”*, aunque fuera *“también el primero en pronunciarse contra el mismo al advertir su verdadera naturaleza”*. No era solo el peronismo el que puso un compás de espera para definir al gobierno que llegaba.

No obstante, no podía ser una sorpresa para el movimiento obrero peronista que, igual que Perón, si bien permanecía a la expectativa, no desconocía -como apunta Víctor Ramos en “Hombres de Acero”- que en definitiva **se trataba “de una interna más del sistema oligárquico instaurado en 1955”**.

¿O acaso el régimen militar de 1943 no había derribado un gobierno civil, y sin embargo había iniciado una verdadera *revolución nacional* “desde arriba”, que derivaría en una verdadera *revolución nacional y popular* “desde abajo”, como fue el peronismo? No se trataba de elegir entre “democracia” (que no era tal) o “dictadura” sino -hasta resolver el pleito pendiente de una Nación inconclusa-, de **“Patria o colonia”**.

“El peronismo, excepto el otrora combativo José Alonso -afirma Víctor Ramos-, no le otorgaba crédito alguno” a esta nueva “revolución”. Por su parte, Vandor, *“consideraba que era necesario avanzar en la lucha social y consolidar las estructuras gremiales que aun se mantenían en pie”*. Estas banderas combativas le parecerían propias de un “burócrata” a la izquierda anti peronista, más cerca de la “Libertadora” y del radicalismo que de la clase trabajadora y del país.

Ya en el mismo mes de llegada del nuevo gobierno, el Congreso de la UOM, identificado con el nombre del mártir de la UOM de Avellaneda, “Rosendo García”, de entrada le exigió al gobierno “*descanso de 30 minutos pagos cada ocho horas de trabajo corridas, restricciones a los empleadores para modificar condiciones de trabajo que significasen recargos de tareas y/o esfuerzos, obligatoriedad de comedores para establecimientos de más de 50 trabajadores y una bolsa de trabajo, entre otras demandas*”. La consigna de la declaración final de ese Congreso era tan *dialoguista, colaboracionista y participacionista* como ésta: “**¡Convenio o lucha!**”.

Lo que daría la pauta definitiva de la orientación que tenía el nuevo régimen, fue el reemplazo del empresario democristiano Jorge Salimei por el liberal Adalbert Krieger Vasena en el ministerio de Economía, que fiel a la tradición familiar en los Talleres Metalúrgicos Vasena, pretendía “*Ajustar el cinturón de los trabajadores*”, aparte de entregar el país al capital extranjero.

Una parte no es igual al todo

La realidad puede ser tergiversada y aun manipulada por intereses políticos, económicos, sociales o sindicales, pero no eran todos ni era todo lo mismo, como pensaba y sigue pensando la “izquierda”. Y si no, hagamos un poco de historia.

Es ya en la Asamblea de Avellaneda de octubre de 1965, todavía en pleno gobierno radical cuando, según Ferrero, se insinúa la fractura de las “62 Organizaciones”, “*concretada en enero del año siguiente cuando José Alonso y 19 sindicatos que le respondían constituyeron las “62 Organizaciones de pie junto a Perón”, que pretendían responder ortodoxamente al líder exiliado y a su esposa Isabel, llegada justamente al país en octubre de 1965 “para enfrentar a Augusto Vandor”, que tenía una postura interna distinta a la de Alonso.*

Fue el 15 de febrero de 1966 cuando **la mayoría vandorista expulsó de las “62 Organizaciones” a Alonso y a su gente**, evidenciando la existencia de **dos alas del sindicalismo peronista** (más allá de sus posiciones políticas internas), y no una sola, como creía ver la *izquierda sindical*, que miraba con su ojo anti peronista la realidad.

Sin embargo, ante la opción militar, como lo había hecho el sector de Tosco-, esas “dos alas” del sindicalismo peronista se allanaron a la opción que aparecía en el horizonte, “*ante la constatación de que los medios de presión habituales (huelgas, manifestaciones, declaraciones, incluso ocupaciones de fábrica...) se habían agotado sin haber podido arrancar mayores concesiones al gobierno radical*” que, incluso, había

logrado dividir al movimiento obrero como quería (sindicatos por fábrica vs. sindicatos por industria). Así llegó el 28 de junio de 1966.

Sin embargo, el **4 de diciembre de 1966**, más allá del error de cálculo subjetivo de la *izquierda sindical*, se cumplió la **primera Huelga General contra Onganía** convocada por la CGT nacional. Es en ese marco de lucha y negociación necesaria para avanzar en el espíritu de Avellaneda: “¡Convenio o lucha!”, que el 1º de marzo de 1967, **“alentando aún la creencia de que podría obligar a negociar al gobierno, la CGT nacional dirigida todavía por Francisco Prado lanza su segunda Huelga General**, prometiendo una tercera para el día 21 de marzo” (Ferrero, 2009). A este dirigente, la *izquierda anti peronista* llama, sin más consideraciones, “participacionista”.

A alguien le interesaba cerrar los dos ojos para ver solo la realidad que le convenía. En “La lucha debe continuar. Testimonio del Cordobazo”, libro de 1975 cuyo autor es Agustín Tosco, está ampliamente desarrollada la visión de ese sector sobre el sindicalismo peronista e incluso su visión superficial sobre el *Cordobazo*, hecho histórico que tuvo gran y decisivo protagonismo peronista.

Con relación a los paros de marzo de 1967, Roberto Ferrero reflexiona: “*La dictadura da una enérgica y pronta respuesta represiva: anulación de personerías, intervenciones a gremios, suspensión de las Paritarias, congelamiento de sueldos y otras medidas de esa naturaleza*”. Es recién entonces cuando **aparecen las posiciones concretas respecto al accionar de aquella dictadura** que dividen al movimiento obrero, no en dos posturas antitéticas (blanco o negro), sino en tres posturas frente a la realidad difícil y compleja que se vive: los “*participacionistas*” o “*colaboracionistas*”; la “*izquierda sindical*” (para quien *todos los gatos son pardos*); y el “*vandorismo*” (apoyado en Córdoba por Elpidio Torres), que conservaba la lucidez necesaria frente a la tremenda dictadura oligárquica instaurada en 1955 (no en 1966), y que por eso **“consideraba que era necesario avanzar en la lucha social y consolidar las estructuras gremiales que aún se mantenían en pie”** en 1966.

Esas divisiones -replicadas en el Interior del país- llevaron a la división del movimiento obrero y en particular del sindicalismo peronista, como se vio en el *Congreso Normalizador de la CGT Nacional* de marzo de 1968, surgido -dice Víctor Ramos- **“en disidencia con la postura colaboracionista de Alonso**”. No obstante, en ese Congreso *anti colaboracionista*, en lugar de acercarse, las

posiciones de sus participantes se polarizaron, surgiendo las dos CGT a nivel nacional que ya hemos analizado en otra oportunidad.

Recién un año después, el 29 de mayo de 1969, se produjo la síntesis, cuando Córdoba explotó logrando unir a las dos CGT locales en la organización y concreción de **la movilización activa más importante desde el 17 de octubre de 1945**, aunque esta vez -dadas las circunstancias-, para nada pacífica.

Elio Noé Salcedo